

nime, le hubiese dado resolución y valor para estas cosas, y todas (menos el punto de la codicia) se hubiesen vencido, allanado y conseguido, aunque con grandes fatigas, penas y persecuciones á la vista humana (como luego se verá), pero todos quedaron asentados.

Estos cargos, aunque de piedad y misericordia, los conoce y reconoce. Porque todo cuanto obró fué con grande alegría, gozo y asistencia del poder de Dios, dándole notable constancia y perseverancia, y haciendo Dios para allanarle los medios imposibles de lo humano, muchas cosas, sólo posibles al poder Divino, en las cuales palpablemente reconocía que allí andaba el dedo omnipotente de Dios. Y decía (viendo su dificultad, al comenzar y proseguir, y viendo después el suceso dichosísimo al vencer y conseguir materias tan grandes de su servicio) que en aquellos nueve años había navegado y remado agua arriba de la voluntad de los hombres, y agua abajo de la voluntad de Dios.



CAPÍTULO XIX

De otras misericordias que Dios hizo á este pecador en el pastoral ministerio, y de lo que le pasaba cuando ayudaba á las almas escribiendo y predicando.

Entre las muchas, grandes é innumerables misericordias que hizo Dios á este pecador, fué el darle dictámenes de verdad y sinceridad en los puestos que ocupaba. Y aunque no obraba en todo, como veía, por su grande fragilidad; pero el deseo que Dios le comunicaba era siempre de buscar su agrado y servicio y lo útil á lo público.

Lo primero: le aficionó á acudir á Dios con todo, y á orar y clamar en su presencia, y se quedaba algunas veces en la iglesia de su catedral toda la noche, orando, velando, clamando

y disciplinándose, pidiendo á Dios luz, gracia, esfuerzo y misericordia.

Lo segundo: le puso en que predicase á sus súbditos, siendo él incapaz para predicar, así por no ser su facultad la de teólogo, como por su corto talento y suma ignorancia en todo, y el Señor le hacía que predicase con sinceridad, verdad y afecto pío, aquello que les cumpliese á las almas de su cargo. Y así, habiéndolo consultado primero, con parecer de su confesor, comenzó su predicación de pláticas y sermones frecuentes á toda suerte de gente, en lo cual consiguió para ellos y para sí, no pequeña utilidad.

Lo tercero: le aficionó (como siempre lo había estado) á los pobres, sirviéndolos por sí mismo en su casa los jueves, y en los hospitales los viernes. Y en eso le daba Dios sumo consuelo y gozo.

Lo cuarto: comenzó á dar doctrina con la pluma, y escribir é imprimir para el bien de las almas. Y, aunque ya antes de ser Obispo, había comenzado sobrado temprano, pues sin tener él virtud, solicitaba que la tuviesen los otros (y era, que el corto y congojoso vaso de su corazón, no podía contener afecto pío ni amoroso, sin vaciarlo y derramarlo). Pero después de Prelado, le pareció que era de su obligación el

exhortar por escrito, y enseñar y persuadir á lo bueno.

MOTIVOS QUE TENÍA EN SU CORAZÓN MUY FIJOS

El primer motivo es, que el Prelado ha de ayudar á las almas de su cargo con la voz, con la pluma y el ejemplo. Y cuanto hace menos que esto, falta y no llena el ministerio. Y San Pablo dice que se ha de llenar: *Ministerium tuum imple*. Y aunque este hombre es malísimo, pero debe aspirar y procurar lo mejor siendo Prelado.

El segundo: porque decía que la vida del hombre era breve, y para servir y alabar á Dios quería hacerla más dilatada, con dejar quien en sus escritos le alabase y procurase que otros le sirviesen y alabasen.

Lo tercero: porque la voz del Prelado sólo se oye donde está. Pero la pluma y la imprenta es oída en toda la diócesis, y suple este género de presencia los daños grandísimos de la ausencia.

El cuarto: el predicar y persuadir en el púlpito dura poco, porque no puede la humanidad del hombre durar mucho trabajando, ni los oyentes oyendo, ni los prelados predicando. Pero lo escrito dura mucho y enseña en todas partes, y siempre y cuando quiere el Señor obra con gran-

de eficacia, y á su tiempo llama, alumbra y aprovecha ausente el predicador, lo que no puede la voz.

El quinto: hacerse con la pluma el mismo que escribe y exhorta á lo bueno, el proceso contra sí si no procediere bien. Porque escribir que sean buenos, es ofrecerse á ser bueno, y exhortar á otros á la virtud, es obligarse á ser virtuoso. Y es tanta nuestra flaqueza, que necesita de estos medios y remedios para poderse tener y contener en lo bueno, y no arrojarse á lo malo.

Lo sexto: en que Dios le hizo merced es que el escribir fuese sin grande dificultad ni tener que ocupar el tiempo en revolver libros, autoridades ni autores. Porque siempre escribía con una imagen delante (que era la que ha dicho del Niño Jesús ó de Nuestra Señora con su Hijo preciosísimo en los brazos). Y raras veces tenía necesidad de meditar lo que escribía, sucediéndole en dos horas escribir cinco y seis pliegos con tanta velocidad, que él mismo se admiraba de lo que hacía y no sabía de dónde se le ofrecía mucho de lo que á la pluma dictaba.

Lo séptimo: que con el tiempo fué el Señor purificándole más y más la intención al escribir, sin mirar más que su gloria, y á que ésta se aumentase. Y si para ello fuese necesario quemar cuanto escribía, y á él con ello, desde luego se

entregaría y lo entregaría á las llamas, porque Dios fuese más servido y glorificado.

Lo octavo: haberle dado Dios deseo y ansia de no apartar las obras de las palabras, ni el obrar del escribir, sino que todo anduviese por una calle. Y si él pudiera obrar en todo y por todo con los dictámenes que escribía, en todo se conformara sin omitir cosa alguna; y según su fragilidad, lo obraba en cuanto podía, aunque no como debía.

El noveno cargo de beneficencia fué el ansia grande que le dió Dios á este pecador de aprovechar á las almas de su cargo y darle gracia para que fuese á visitar su obispado, predicar y confesar en sus parroquias, sin dejar el escribir al tiempo, que no los podía aprovechar; en estas visitas, particularmente en una de ellas, le sucedieron casos muy raros y admirables misericordias de Dios.

Lo primero: le libró Su Divina Majestad de grandísimos peligros al pasar ríos, bajar por despeñaderos y andar á buscar lugares que no había visto en setenta años Prelado alguno y propio nunca.

Lo segundo: habiendo llegado al primer lugar y saliendo los feligreses (muy contra su dictamen) bailando, como se acostumbra en aquella tierra, á recibir al Prelado, habiéndose puesto

poco después que llegó á ver los bailes, por no desconsolarlos, sucedió allí un caso bien notable, en que le dió Dios muy claramente á entender que aunque fuese con aquel fin honesto de no desconsolarlos, no los había de mirar, pues al visitar no se había de ver bailar, sino llorar.

Lo tercero: habiéndole dado una enfermedad de dolor penosísimo y que le impedía la visita, siéndole preciso (por ella) volverse á su casa y dejarla, encomendándose á Dios se aventuró, y al instante que se puso á caballo cesó el dolor y se suspendió la enfermedad. Y en llegando á la posada le volvía á atormentar. Y en comenzando á obrar en el ministerio de predicar, confesar, caminar ó confirmar, cesaba, y en volviendo á casa continuaba. Y así duró cuatro meses, que visitó más de cuatrocientas leguas de malísimos caminos, varios templos, siempre con este trabajo y consuelo, ya penando, ya descansando, dejándole el dolor sólo cuanto había menester para trabajar en el bien de las almas. Y volvió á su casa sano, bueno y sin aquella enfermedad, que se le quitó poco antes que llegase, dando á Dios gracias con grande gozo de haber (en cuanto pudo su fragilidad) confesado, confirmado, administrado y aprovechado á las almas.

En estas visitas estableció que se rezase el rosario de la Virgen Nuestra Señora, siendo él

el primero á rezarlo con sus feligreses, y procurando que esto mismo hiciesen en sus casas los vecinos que no podían ir á las iglesias. Y creía que esa era una medicina efficacísima contra maldiciones, blasfemias, juramentos, y así se lo advertía. Y como los que no son letrados, ni eruditos, ni sacerdotes, ni leídos, no tienen medios fáciles para orar, hallaba que era el rosario de la Virgen el Breviario de todos aquellos que no saben leer ni tienen muy gran capacidad, y, finalmente, que es devoción que causa infinitos bienes.

